

*“Los libros son un refugio
al que nunca he dejado
de acudir”*



Rogelio Blanco Martínez

Director General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura

Las personas oriundas de pequeñas aldeas rurales acceden con dificultad a los conocimientos que soportan los libros. Históricamente, aprenden en otros soportes los recursos culturales necesarios para defenderse y desempeñar con solvencia sus habilidades en su deambular por sus

entornos. Con frecuencia no les resulta fácil encontrarse con una biblioteca. No obstante, en mi caso, tuve la suerte de toparme en el hogar del abuelo paterno con unas pocas estanterías en las que se alojaban libros escritos en un lenguaje que me resultaba extraño. Eran, en su mayoría textos filosóficos y teológicos

escritos en latín pertenecientes a un tío clérigo, y de los que no entendía nada; pero también se alojaban ejemplares que llevaban estampado un sello con la leyenda: “Escuela mixta y unitaria de Morriondo de Cepeda”. Estos escasos ejemplares los había retenido mi abuelo tras el urgente expurgo que se hubo de realizar en la exigua biblioteca de la escuela del pueblo tras la Guerra Civil. Libros que llegaron durante la República. Eran los libros que más ojeaba. Se trataba de textos que versaban sobre agricultura y ganadería, su finalidad era instruir a los futuros labradores. Durante mi formación infantil y juvenil en la citada escuela, sólo era posible acceder a libros religiosos y patrióticos, amén del obligado uso de la Enciclopedia Álvarez.

No obstante, tuve la suerte de aprender a leer pronto, gracias al esfuerzo de mi abuelo Quicón. El aburrimiento que se cernía en las largas noches invernales leonesas o las interminables jornadas veraniegas de pastoreo al cuidado de los animales domésticos provocaron que buscara refugio en la lectura. Leía todo lo que mis manos recogían impreso. Leía sin orden.

La segunda biblioteca que me brindó lectura fue la del cura del pueblo, don Gabriel. Éste no disponía de una gran biblioteca, y casi toda ella era de contenido religioso, pero, a la vez, era el propietario de varios volúmenes de la BAE (Biblioteca de Autores Españoles) referidos a los autores más destacados del Siglo de Oro. De este modo, muy joven leí a la mayoría de nuestros clásicos; ¡todo un descubrimiento y una fortuna!

Posteriormente, al igual que gran número de niños de pueblo fui internado en un colegio religioso en La Bañeza. El internado contaba con una exigua biblioteca, que me pareció enorme. Los volúmenes que so-

bresalían eran los de la colección Austral. Raramente se prestaban, pero me indujeron a comprarlos. A razón de 25 pesetas ejemplar, ahorraba para lograr cuantos me fueran posibles y muchos de los cuales aún conservo. Cuando los recursos me lo permitían, mis objetivos de compra se centraban en la colección Crisol.

Más tarde, por razones profesionales o cargo, he conocido grandes bibliotecas: la Nacional, la Vaticana, la del Congreso de Estados Unidos, etc., y varias particulares importantes, o colecciones relevantes; mas debo reconocer que los libros que alimentaron mi infancia y juventud, los que ayudaron a modular mi amor por los mismos son los referidos en bibliotecas pobres en contenidos y desordenados. En la biblioteca familiar, si así pudiera llamarse, pasé horas ordenando los libros por tamaño, por grosor, por... Me encaramé arriesgadamente de las escasas estanterías que alcanzaban un techo alto de la habitación. Desobedecía los mandatos de mis padres. Era mi refugio. Un refugio, el de los libros, al que nunca he dejado de acudir y en el que me siento como en hábitat propio.

De los libros he entresacado su riqueza, en ellos me he asomado a sus infinitas dimensiones. Son un anexo excepcional en mi vida. Posiblemente sean el mayor invento o logro cultural de los hombres; y no en vano a través de ellos los dioses dictan sus sentencias a éstos; pero también de ellos he aprendido que no todo está en los libros, y que la biblioteca más importante es el rostro de mis semejantes en sus diversas manifestaciones. En mi caso, y sin dudar, creo que en la faz de los congéneres reside la biblioteca más singular y más rica en contenidos. Recomiendo que aprendamos a leer en ella. Sólo requiere intención y con-templación (lectura con medida, con templanza y detenida); es un venero de posibilidades. ■